

Presentado por el Core Group de Seguridad Alimentaria de ORU Fogar

La celebración de la IV Cumbre de Regiones sobre Seguridad Alimentaria llega en un momento muy pertinente. Todos estamos viendo cómo, en todo el mundo, se está gestando la tormenta perfecta para que se produzca lo que Paul Roberts llamó "The End of Food" o "El hambre que viene". En los últimos meses se ha producido un inaudito aumento de precios de las materias primas y de los alimentos. Las causas son diversas. Aquí hay problemas muy de fondo y que vienen de lejos.

Pensábamos que la globalización nos daba seguridad. Los alimentos llegaban de cualquier parte del mundo. Se compraban donde ofrecían mejores condiciones. De hecho, se progresó mucho: hoy hay 300 millones de personas con hambre menos que en 1992, a pesar de que hubo un incremento poblacional de 1,9 mil millones de personas.

La pandemia COVID19, sin embargo, puso obstáculos a todas las cadenas de suministros, alterando completamente el comercio mundial de alimentos. La guerra de Ucrania, después, encareció el precio de los combustibles fósiles, con lo cual ha subido el precio del transporte y de los fertilizantes, con un efecto directo sobre los alimentos. Antes, durante y después de estas situaciones, el Cambio Climático. Y con calor, incendios, sequías e inundaciones, la producción agrícola se ve -en el mejor de los casos- mermada.

Con este panorama, va a ser imposible cumplir con el Objetivo 2 Hambre Cero que Naciones Unidas había fijado en la Agenda 2030. Las cifras de desnutrición están aumentando. También las de las personas que sufren niveles de hambre aguda. La Guerra de Ucrania, en cualquier caso, está poniendo en riesgo de hambre a muchos millones de personas, especialmente en África.

A nadie escapa la gravedad de la situación. El 21 de septiembre de 2021, Antonio Guterres, secretario general de Naciones Unidas, convocó una Cumbre sobre sistemas alimentarios. En aquella importante cita, Naciones Unidas puso el foco en algunos aspectos en los que ORU Fogar está dedicada desde hace años. Así, se dijo que el desarrollo del ámbito rural es esencial para conseguir el objetivo Hambre Cero. Hacía mucho tiempo que un documento importante de Naciones Unidas no se manifestaba de una manera tan clara a favor del ámbito rural.

Las regiones y redes de regiones reunidas en Temuco, la Araucanía, Chile, en la IV Cumbre "Hambre Cero", debemos aterrizar aquellas conclusiones a nivel territorial. El encuentro, sobre todo, debe servir, sin embargo, para reiterar que **queremos un mundo sin hambre**. Sabemos que este es un objetivo que nadie puede conseguir sólo. Organizaciones internacionales, gobiernos locales, regionales y nacionales, ciudadanos, organizaciones sociales civiles y sector privado deben colaborar para invertir, innovar y crear soluciones duraderas. Las regiones no vamos a eludir nuestra responsabilidad; una responsabilidad compartida en una dinámica que nosotros siempre ponemos en el marco de la relación Norte-Sur.

FACTORES QUE DETERMINAN LA CRISIS ALIMENTARIA

Los informes de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) advierte que los efectos del cambio climático, la pandemia de coronavirus y la guerra en Ucrania impedirían conseguir el reto de hambre cero en 2030. Naciones Unidas está advirtiendo también del peligro que entrañan los procesos de desertificación y una mala gestión de las políticas de agua. No hay duda, por otro lado, que una determinada concepción del desarrollo agrícola está teniendo consecuencias perversas. ORU Fogar, por su parte, ha señalado siempre que mala gobernanza y no respetar el principio de subsidiaridad impide avanzar hacia el ODS 2.

Cambio climático

Existe un riesgo creciente de pérdida de cosechas y ganado, también de que se reduzca la disponibilidad de productos marinos, forestales y provenientes de la acuicultura. Los episodios climáticos extremos tendrán un impacto negativo en la disponibilidad de alimentos. Así, los sectores más vulnerables, rurales y urbanos, correrán el riesgo de inseguridad alimentaria. El cambio climático empeorará las condiciones de vida de agricultores, pescadores y quienes viven de los bosques. Esto tendrá como consecuencia que aumentarán el hambre y la malnutrición.

Covid 19

Cerca de 828 millones de personas pasaban hambre a finales de 2021. Un informe de cinco agencias de la ONU advertía de la dificultad de alcanzar la meta de acabar con el hambre y la malnutrición para 2030. Desde el inicio de la pandemia en 2019, la cifra de personas que pasan hambre ha aumentado en 150 millones. A finales de 2021, unos 2300 millones de personas (casi el 30% de la población mundial) no tenía garantizada la alimentación, 350 millones más que antes de la llegada del COVID-19.

La guerra de Ucrania

Ucrania y Rusia son dos de los productores y exportadores de cereales más importantes del mundo. Juntos acumulan una producción del 30 % del trigo mundial, del 50 % del aceite de girasol y del 15 % de los fertilizantes. Las dificultades de producción a causa del conflicto, el bloqueo de los puertos y el bloqueo del transporte se han convertido, al final, en un grave obstáculos para alimentario para muchos países. Ello porque los productos no llegaban a su destino, pero también por el efecto en el encarecimiento de los precios. Pero la guerra también alteró el mercado de hidrocarburos, elevando el costo del transporte y de los fertilizantes, sobre todo en los países que exportan cereales tanto para sus dietas, como para la alimentación del ganado.

Desertificación y mala política de agua

El Cambio Climático está desertificando territorios y, a una velocidad inesperada, mermando los recursos hídricos en muchas geografías. Mientras era un recurso abundante, no se ha dedicado demasiada atención a la gestión del agua dulce. En muchos países, la planificación y la gestión de recursos continúa siendo extremadamente centralizada, lo que la hace -en muchos casos- muy ineficiente. Garantizar la seguridad hídrica reclama políticas muy decididas de todos los niveles de gobierno.

Modelo agrícola

En los últimos 30 años se ha desarrollado un modelo agrícola intensivo, competitivo, orientado al mercado, al tiempo que se degradaba la agricultura familiar. Este modelo se ha demostrado que no es efectivo para acabar con el hambre, ni resolver los problemas de desnutrición o anemia de muchas regiones. En este mismo periodo, por otro lado, los sectores agrícola y rural han sido desatendidos y no han recibido inversiones suficientes. A pesar de que el 75% de los pobres del mundo vive en las zonas rurales, los países agrarios destinan un porcentaje muy pequeño del gasto público a la agricultura y al entorno rural. En gran medida se ha desaprovechado la capacidad de la agricultura para promover el desarrollo. Las presiones impuestas por las crisis alimentarias también inclinan los presupuestos públicos y las prioridades de los donantes hacia la provisión directa de alimentos, antes que a inversiones que generen crecimiento y aumento de los ingresos.

Mala gobernanza

Una administración centralizada y burocrática resulta poco eficiente para resolver los problemas del hambre. La lucha que se avecina requerirá una gobernanza en la que todos los niveles de gobierno asuman el principio de subsidiaridad. Por esta razón, a los gobiernos regionales no se les podrá escatimar ni competencias, ni recursos económicos y humanos.



PLANTEAMIENTOS DE FUTURO

Soberanía Alimentaria

El concepto de Seguridad Alimentaria está asociado a “suficiencia” alimentaria y supone disponibilidad y acceso a los alimentos. No pone en duda, sin embargo, que el recurso llegue de miles de kilómetros. Tampoco se plantea si este alimento, con frecuencia a bajo precio, tiene como efecto destruir el sistema de producción local. Vista esta limitación, apostamos por superar el concepto de “Seguridad Alimentaria” por el de “Soberanía Alimentaria”. Con él se apunta a que el alimento no sólo debe ser suficiente, sino que debe también contribuir al fortalecimiento de la economía local, la defensa de la biodiversidad del lugar y la obtención de ingreso por parte de los productores de la región. Queda claro, por otro lado, que en estos momentos en que el comercio internacional puede estar amenazado por múltiples factores, debe reforzarse la resiliencia en el territorio y garantizar al máximo la producción de alimentos en la región.

Una gobernanza Hambre Cero

La crisis que se avecina reclama un nuevo compromiso para mejorar la gobernanza sobre seguridad alimentaria a escala mundial. Deben superarse estructuras centralizadas y burocrática, a favor de funcionamientos más flexibles en los que todos los niveles de gobierno participen bajo el principio de subsidiaridad. Los gobiernos regionales, gobiernos de proximidad, son los que gestionan servicios. En estas circunstancias deberá tenerse el debate sobre la necesidad de que a las regiones se les asigne una parte más importante del presupuesto nacional.

Atención prioritaria al ámbito rural

La Cumbre de Sistemas Alimentarios de Naciones Unidas se mostró muy a favor del mundo rural. Se afirmó que la seguridad alimentaria pasaba por la prosperidad rural. Se advirtió de la importancia de invertir más en granjas rurales y en pequeñas y medianas empresas locales, ya que pueden ayudar a crear sistemas alimentarios más inclusivos, justos y sostenibles. Así, hubo un clamor a favor de que los pequeños agricultores de los países en desarrollo, que cultivan un tercio de los alimentos que se consumen en el mundo, reciban “salarios dignos”. Las regiones sólo pueden suscribir y apoyar el planteamiento.

Apostar a favor de la agricultura

La agricultura sigue siendo uno de los instrumentos más promisorios para reducir la pobreza mundial. ORU Fogar insta, pues, a incrementar la inversión en agricultura en los países en desarrollo y se advierte que, a fin de alcanzar el objetivo Hambre Cero, el sector agrario debe convertirse en el eje del programa de desarrollo. Los principales requisitos para conseguir un buen sector agrario serían los siguientes: mejorar el acceso a los mercados a través de un buen transporte, unas infraestructuras de procesado y comercialización, una política comercial, i

mpuestos no discriminatorios, altos niveles de inversión en investigación y extensión agraria, un sistema de derechos de la propiedad que promueva la iniciativa privada, la creación de empleo no agrario y, finalmente, buen funcionamiento de las instituciones que haga eficientes todas estas políticas.

Agricultura familiar

En los últimos 30 años se ha desarrollado un modelo agrícola intensivo, competitivo, orientado al mercado. Hoy se constata que la receta más adecuada es primar la agricultura familiar, que pone en primer plano la alimentación de las familias campesinas. El principal problema no es la producción de alimentos –siendo importante–, sino la distribución y el acceso. Para ser eficaces en la erradicación del hambre en el mundo se requiere priorizar la atención a pequeños agricultores, pescadores artesanales, mujeres y otros grupos vulnerables, y su acceso a los recursos necesarios para producir los alimentos. Por tanto, el enfoque para alcanzar la seguridad alimentaria de esos mil millones de personas que viven en situación hambre debe ser la soberanía alimentaria. No vale cualquier estrategia para combatir el hambre, no vale cualquier modelo agrícola; se requiere un desarrollo rural orientado prioritariamente a la producción familiar.

Alimentos de proximidad

De coherencia con la política de Soberanía alimentaria deben priorizarse los alimentos de proximidad, la producción de Km0, la creación de denominaciones de origen, la agricultura familiar e, incluso, la gastronomía autóctona. En este momento de cambio climático es importante también adoptar cultivos resilientes y menos dependientes del agua. En la misma línea, cabe apuntar que las variedades autóctonas suelen ser las que mejor se adaptan al territorio.

Políticas de agua

Con una crisis climática que está desertificando territorios y mermando los recursos hídricos en muchas geografías, la adecuada gestión del agua dulce requerirá una administración muy eficaz. La seguridad hídrica reclamará una financiación como nunca antes había existido. Será necesario evitar pérdidas y fugas (con porcentajes importantísimos en muchos países), aprovechar las aguas de la lluvia, reciclar aguas usadas y construir plantas desaladoras. Tan importante como la financiación, será reconocer el rol en esta gestión de los gobiernos territoriales. En todo el mundo, los gobiernos municipales tienen reconocido el rol, tanto en el abastecimiento de agua a domicilios, como en la evacuación de aguas residuales. En muchos países la planificación y la gestión de recursos continúa, sin embargo, siendo extremadamente centralizada. La amenaza que se cierne sobre muchos países debe ser la oportunidad para replantear el reparto de competencias en el ámbito de la gestión del agua, para que los gobiernos regionales asuman un rol protagónico.

Ellos son, finalmente, quien, con un conocimiento preciso de su territorio, saben dónde están los recursos y donde las necesidades hídricas.

Protección de los suelos

Es preciso una política activa de protección y regeneración de los suelos. Se necesitan suelos de mayor calidad, por lo cual es importante priorizar fertilizantes orgánicos a unos fertilizantes químicos inorgánicos, que están causando problemas de contaminación de acuíferos, fuentes posteriores de abastecimiento de aguas. El mundo agrícola y ganadero debe incorporar el concepto de “economía circular” y el ámbito público debe velar por una buena gestión de las deyecciones ganaderas, el estiércol, los restos vegetales... para que estos se conviertan, según convenga, en biogás o en un buen fertilizante. En este momento de crisis alimentaria conviene, por otro lado, priorizar en los suelos agrícolas la producción de alimentos respecto a otros usos (por ejemplo, los cultivos energéticos).

Educación alimentaria

La malnutrición es un problema global de salud, que puede llevar a la anemia, pero también a la obesidad. Es causada por dietas poco saludables. Habitualmente, las familias garantizaban una adecuada educación. La desaparición de las dietas tradicionales, la publicidad alimentaria y las estrategias de la industria alimentaria han destruido, sin embargo, aquel saber ancestral. Así, hoy es necesario y pertinente llevar a cabo planes para una educación alimentaria y nutricional que, en muchos casos, puede implantar el gobierno regional. El objetivo de estos planes es conseguir la adopción voluntaria de conductas alimentarias propicias para la salud y el bienestar.

Plan de choque / Plan Estratégico

En la actual alza de precios generalizada, proponemos que cada región elabore un plan de choque que garantice la provisión de alimentos, asegurando que las redes de distribución lleguen a todos los rincones del territorio. Este plan de choque, a nuestro entender, debe contemplar:

Que se garantice la provisión de alimentos a las poblaciones más vulnerables.

Que se dedique una especial atención a los niños y las niñas para que esta crisis no afecte su desarrollo.

Que se apoyen a la agricultura y al sector primario en general con redes locales y regionales de distribución de sus productos.

Que las redes de distribución y los mercados locales tengan protección y apoyo.

Superada esta situación de los próximos meses, los gobiernos regionales deben contar con un Plan Estratégico de Seguridad Alimentaria actualizado periódicamente.